

El papel de los naturalistas en la difusión de la geografía: Lucas Fernández Navarro y su visión de la Sierra de Guadarrama¹

Manuel Mollá Ruiz-Gómez
Departamento de Geografía – UAM
manuel.molla@uam.es

Resumen

El geólogo Lucas Fernández Navarro, catedrático de cristalografía en la Universidad Central, dedicó su vida de investigador al estudio, fundamentalmente, de la cristalografía, la mineralogía y la petrografía. Sin embargo, su trabajo fue mucho más allá, dedicando especial atención a los paisajes de la Sierra de Guadarrama, uno de sus lugares favoritos como laboratorio de geología, por lo que jugó un papel fundamental en la divulgación de ésta. Con numerosos artículos en revistas científicas y de alta divulgación cultural, Fernández Navarro contribuyó de manera notable a cubrir un espacio apenas incipiente en la geografía española, el de un conocimiento moderno de la geografía humana y de los estudios regionales, siempre apoyado en la excursión como método de estudio de geólogos y geógrafos.

Palabras clave: Lucas Fernández Navarro, Sierra de Guadarrama, paisaje, humanidades, geología.

Resum: *El paper dels naturalistes en la difusió de la geografia: Lucas Fernández Navarro i la seva visió de la Serra de Guadarrama*

El geòleg Lucas Fernández Navarro, catedràtic de cristal·lografia a la Universitat Central, va dedicar la seva vida d'investigador a l'estudi, fonamentalment, de la cristal·lografia, la mineralogia i la petrografia. No obstant això, el seu treball va anar molt més enllà, en dedicar una atenció especial als paisatges de la Serra de Guadarrama, un dels seus llocs favorits com a laboratori de geologia, de manera que va jugar un paper fonamental en la seva divulgació. Amb nombrosos articles en revistes científiques i d'alta divulgació cultural, Fernández Navarro va contribuir de manera notable a cobrir un espai encara incipient en la geografia espanyola, el d'un coneixement modern de la geografia humana i dels estudis regionals, sempre recolzat en l'excursió com a mètode d'estudi de geòlegs i geògrafs.

Paraules clau: Lucas Fernández Navarro, serra de Guadarrama, paisatge, humanitats, geologia.

1. Este trabajo se ha realizado dentro del proyecto de investigación CSO2012-38425, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

Abstract: *The role of naturalists in the diffusion of geography: Lucas Fernández-Navarro and his vision of the Sierra de Guadarrama*

Geologist Lucas Fernández-Navarro, a professor of crystallography at the Universidad Central, dedicated his life as a researcher to the study of crystallography, mineralogy and petrography. However, his work went much further, paying special attention to the landscapes of the Sierra de Guadarrama, one of his favorite places as a geology laboratory, so he played a fundamental role in the dissemination of these mountains. With a numerous articles in scientific journals and high cultural reviews, Fernandez-Navarro contributed in a remarkable way to cover a space barely incipient in Spanish geography, that of a modern knowledge of human geography and regional studies, always supported in the excursion as method of study of geologists and geographers.

Keywords: Lucas Fernandez-Navarro, Sierra de Guadarrama, Landscape, Humanities, Geology.

* * *

1. Introducción

Desde hace ya algunos años, especialmente en el mundo geográfico anglosajón y con cierta insistencia en el seno de la *American Association of Geographers*, se desarrolla un positivo intento de recuperar la relación entre geografía y humanidades, dada la tendencia de las últimas décadas de asimilar casi exclusivamente la geografía a las ciencias sociales. Sin embargo, a lo largo de la historia de la disciplina, las humanidades han jugado un importante papel en el entendimiento geográfico, especialmente de la geografía humana y claramente reflejado en la geografía cultural, dando un peso importante a la historia como disciplina complementaria. En este sentido, ha parecido interesante recuperar algunas de las figuras del mundo del naturalismo español de finales del siglo XIX y de comienzos del XX, que supieron ver más allá de sus intereses como geólogos (son geólogos los autores tratados aquí), y centrando el artículo en uno de ellos, Lucas Fernández Navarro, uno de los más notables investigadores de su época y que jugó un papel fundamental en la divulgación, más allá de sus intereses profesionales, de una visión de los paisajes españoles con fuerte arraigo en la tradición de la geografía moderna que nace con Humboldt.

El geólogo Lucas Fernández Navarro (1869-1930), doctor en Ciencias Naturales, ocupó desde 1902, después de pasar por varios institutos, la cátedra de Cristalografía de la Universidad Central, a la que unió por acumulación, en 1911, la de Mineralogía Descriptiva. Sin dejar de participar en muchas comisiones y exploraciones en España y en Marruecos, fue este geólogo un guadarramista puro, que dedicó al estudio de la Sierra una parte muy importante de su vida, colaborando a difundir el amor por la naturaleza a través de su conocimiento,

ya fuese dando conferencias, publicando artículos de divulgación o dirigiendo excursiones. Fue, por tanto, un miembro muy activo de los círculos científicos e intelectuales de Madrid, vinculado a la Institución Libre de Enseñanza y al Museo Nacional de Ciencias Naturales, sin olvidar su cátedra de cristalografía en la Universidad Central. Además de numerosos libros, publicó en revistas científicas, como el *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural*, o en los *Trabajos del Museo Nacional de Ciencias Naturales*. Pero esto no le impidió su labor divulgadora en revistas de la época, como el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, en *Peñalara* o en *La Lectura. Revista de Ciencias y de Artes*. De esta manera, y al igual que hicieron otros naturalistas de aquel momento, contribuyó de manera notable a cubrir un espacio apenas incipiente en la Geografía española, el de un conocimiento moderno de la Geografía humana y de los estudios regionales. Realizó numerosas excursiones por la Sierra de Guadarrama, igual que hizo en las Islas Canarias, en especial en todo lo referente a los volcanes de las mismas, que se publicaron en las revistas antes mencionadas y favorecieron la idea de que la Geografía era, además de una ciencia natural, una disciplina muy vinculada al pensamiento humanista, con una interpretación muy próxima a la obra de Francisco Giner de los Ríos y de los miembros de la Institución Libre de Enseñanza.

Fue quizá Fernández Navarro, sin olvidar a Eduardo Hernández-Pacheco, uno de los últimos naturalistas españoles puente entre la generación de José Macpherson y Francisco Quiroga y las que se formaron ya en el siglo xx, que entendió la naturaleza con un espíritu plenamente humboldtiano, con ese ideal que era capaz de combinar el riguroso estudio científico con la visión subjetiva del que mira, sin renunciar, por ello, al gozo ético y estético que la contemplación de la naturaleza le producía.

En el número 203 de la revista *Peñalara*, de noviembre de 1930, escribía sobre Lucas Fernández Navarro Juan Carandell, discípulo suyo y con quien realizó su tesis doctoral, con motivo del fallecimiento de su maestro:

“Era bajito, de mirada viva; rostro curtido, sobre cuidada barba, la voz insinuante, no demasiado fuerte; cordial siempre el ademán, muy amante de sus alumnos y muy amado por éstos. ¡Cómo no, si no pasaba domingo o vacación, con frío o con calor, sin que don Lucas saliese al campo, a esos alrededores de Madrid, tan desolados y tristes, o a esa Sierra de Guadarrama, tan bien cantada por los Mesa, Machado, Azorín... don Francisco Giner, y tan bien sentida, amada y estudiada por Fernández Navarro, continuador genuino de Macpherson!

A esas excursiones dominicales asistían, no sólo los alumnos del curso corriente, sino varios que lo habían sido ya, pero que, tanto por amor a la dura e ingrata ciencia geológica, cuanto por haber prendido en ellos el sentimiento estético en la contemplación de la Naturaleza, no sabían qué hacer en la ciudad populosa, donde se aburrían al no poder pasar el día en cafés, estadios y teatros llenos de público plebeyo de domingo.” (Carandell, 1930, p. 280).

Terminaba Carandell su necrología con estas palabras:

“La Geología es ciencia de campo y de laboratorio; no de laboratorio o biblioteca solamente, cómodamente. El naturalista, y el geólogo sobre todo, han de ser dos cosas: mucho hombre físico, sostenido por una moral inquebrantable que se propone llegar hasta una meta, y llega a ello por alta y difícil que sea (un pico, un glaciar o una cueva, y en este caso, la profundidad es peor que la altitud), y mucho hombre moral todavía, como cualquier sabio de biblioteca o laboratorio. La transcendencia práctica, inmediata, de los descubrimientos científicos acaso sea lo de menos; lo fundamental es el descubrimiento de sí mismo y el ejemplo que hombres del temple de don Lucas Fernández Navarro irradian en tiempos y sociedades invadidos por el ansia de llegar pronto a donde quiera que sea, sin saber, no ya para qué, sino el por qué.” (Carandell, 1930, p. 280).

Por todo ello, aunque ya se ha trabajado sobre la obra de este autor, parece del mayor interés profundizar en algunos aspectos de la obra de Lucas Fernández Navarro y el papel fundamental que jugó como paso de un conocimiento naturalista de la Sierra de Guadarrama a un conocimiento de carácter más humanista y que será, con el de otros autores de su tiempo, la base de un entendimiento más completo y complejo de nuestros paisajes.

2. Lucas Fernández Navarro y la Sierra de Guadarrama

La generación de Lucas Fernández Navarro y de sus maestros, como ya se ha señalado, estuvo fuertemente influida por los conocimientos que de Humboldt llegaron a España, muy vinculados a la Institución Libre de Enseñanza. Fue precisamente, un profesor de la Institución, Francisco Quiroga, doctor en Farmacia y en Ciencias físico-químicas y naturales, y catedrático de la Facultad de Ciencias de Madrid, su maestro y director de la tesis doctoral, quien más influyó en su forma de entender la naturaleza, como así lo reconoce el propio Fernández Navarro en un artículo que escribió en recuerdo de su maestro y en el que se puede seguir la huella de lo que las excursiones geológicas significaban para ellos. El texto (de 1922) es bastante posterior a la muerte de Quiroga (1894, con 41 años), y recoge fielmente el espíritu de aquellos naturalistas empeñados en desentrañar todo lo que, desde su perspectiva geológica, la Sierra podía darles, pero sin olvidar que el paisaje era mucho más que rocas, vegetación y formas. Estas son las palabras escritas por Fernández Navarro y que recuerdan los años pasados junto a su maestro:

“Así, sus discípulos esperábamos siempre con impaciencia aquellos sábados inolvidables en que, reunidos en la vieja ‘Historia Natural’ de la calle de Alcalá con el camarada-maestro, discutíamos y conveníamos el itinerario de la excursión dominguera. Y cuando al fin de ésta nos separábamos a la entrada de la corte, rendidos por los 30 o 40 kilómetros hechos con el saco a la espalda bien repleto de piedras, no nos acuciaba otra preocupación que la de planear la caminata del siguiente domingo. [...]”

El objeto principal de las excursiones era la Geología; pero Quiroga, que, como he dicho, tenía una gran cultura general y un gusto depurado por las manifestaciones artísticas, no perdía ocasión de formar nuestro espíritu en la contemplación del paisaje, de los monumentos, de las costumbres, etc., etc. Toledo, Sigüenza, El Escorial, El Paular, nos apartaron más de una vez de la Geología y nos robaron el tiempo que a ella habíamos pensado dedicar.” (Fernández Navarro, 1922, p. 74).

Coincidiendo con la publicación de su *Monografía geológica del valle del Lozoya* (1915), escribió Fernández Navarro un artículo titulado “El valle del Lozoya” para la revista *La Lectura*. El carácter del mismo tiene un tono mucho más divulgativo y está pensado para animar a los madrileños a visitar lo que para él es uno de los valles más hermosos de la Sierra: “acaso el paisaje más encantador de la vecina sierra, y sin duda uno de los más bellos de la península.” (Fernández Navarro, 1915, p. 260). Alguna de las razones de la publicación aparecen inmediatamente, la falta de interés de los madrileños por este lugar, aunque se alegraba de que no lo invadieran los que se conocían como *drogueros*. Según una nota del autor, “Llámase ‘drogueros’, entre los habituales concurrentes a la sierra, a los excursionistas comodones o poco sensibles al paisaje, que complican sus siempre breves correrías con fuerte rocín que los soporte, quitasol que les proteja y pantagruélica provisión que los conforte.” (Fernández Navarro, 1915, p. 260). El artículo recorre el valle y su historia geológica, más pendiente de las formas resultantes de los procesos geológicos que a los procesos mismos. Eso permite a lectores no muy versados en estas cuestiones entender mejor el significado de los paisajes que disfruta. Los circos glaciares tienen una mención especial en el artículo, por lo que los explica con palabras sencillas, tanto en lo que se refiere a su formación como al momento en el que lo hicieron, además de dar la visión de quien es capaz de entender y admirar un paisaje:

“La visita a uno de estos circos con su pintoresco barranco de salida, la poética laguna en que se mira el ingente cantil y la vista espléndida que desde su cumbre se goza, es una excursión obligada para todo el que quiere conocer las bellezas de nuestra Sierra. Yo aconsejo especialmente la subida, desde Lozoya, al más alto de los hoyos de Pinilla.” (Fernández Navarro, 1915, p. 265).

En su entendimiento del paisaje, sin olvidar su formación naturalista, hace que contemple con igual interés la dimensión científica, así como sus aspectos estéticos y culturales. Si es importante comprender las formas del relieve, a partir de su estructura geológica y del modelado, también lo es la percepción estética y cultural. Para Fernández Navarro el excursionismo tenía que abarcar los tres elementos, única forma de encontrarse con la naturaleza. Por ello, siempre que escribe sobre sus excursiones señala los recorridos más adecuados y en los que el visitante que los siga tendrá las mejores vistas y, con ellas, una mejor comprensión del lugar. En el caso del valle del Lozoya, tal y como lo explica en su artículo de *La Lectura*, ningún lugar como la Morcuera para disfrutar del conjunto del valle. Así describe sus impresiones desde ese puerto:

“Y al pie de vuestro maravilloso balcón, en contraste con la adustez y sequedad de las altas cumbres, el espectáculo risueño del valle. El Lozoya, alargando su camino con vueltas caprichosas, como si temiera abandonar aquella placidez; los prados verdes, separados entre sí por filas de árboles que dibujan una irregular cuadrícula; las arboledas apretadas a lo largo del río, cada vez más numerosas según se acercan a la cabecera, hasta fundirse en la masa uniforme de los pinares; los caseríos y pueblecillos, Lozoya, Pinilla, Alameda, Oteruelo, Rascafría, la fábrica de aserrar madera en plena actividad, El Paular, la antigua fábrica de papel, abandonada; casitas sueltas, molinos, un conjunto en fin, que hace de todo el valle una sola población de barrios desparramados; dos largas fajas, por último, las amarillas tierras de labor, que a todo lo largo de la depresión parecen querer separar el marco severo de las montañas del cuadro amable del valle.” (Fernández Navarro, 1915, pp. 269-270).

El valle del Lozoya, en las descripciones de Fernández Navarro forma un conjunto en el que la naturaleza y las actividades que allí se desarrollan se complementan en perfecta armonía, donde no hay elementos disonantes que alteren sus características naturales, en un entendimiento naturalista de los paisajes humanizados que, años más tarde, desarrollará también Eduardo Hernández-Pacheco en su obra “El paisaje en general y las características del paisaje hispano”, publicado a lo largo de 1935 en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*.

El interés de Fernández Navarro por los circos glaciares de la Sierra de Guadarrama ya le había llevado, en los años anteriores, a visitar algunos de ellos, como la Hoya de la Sabuca de Alameda, sobre la cual ya escribe en el número 3 de la revista *Peñalara*, en 1913. Así inicia Fernández Navarro su texto sobre este lugar:

“Es un precioso rincón serrano, conocido seguramente de muy pocos alpinistas, a pesar de su fácil acceso desde todo el valle del Lozoya y desde La Granja. Consiste en un hondo circo gnéísico algo parecido al que rodea la laguna de Peñalara. De más modestas dimensiones, pero de paredes más abruptas, más fácil de abarcar en su conjunto, es seguramente uno de los paisajes más impresionantes que se pueden contemplar en la vecina sierra.” (Fernández Navarro, 1913, p. 17).

Un año después, en la misma revista *Peñalara*, este autor descubre, así lo dice, otro rincón de la Sierra, Los Hoyos de Pinilla, tan interesantes y encantadores como la Sabuca de Alameda, pero de menor dimensión. Describe así Fernández Navarro el lugar:

“Lo que genéricamente llaman ‘hoyos’ aquellos aldeanos (Hoyo Grande, Hoyo Cerrado, Hoyo Borrocoso, Hoyo de Regajo Niesto, etc.), son los circos que se forman en la cortina septentrional del valle, a partir de la misma divisoria, que no baja de los 2.000 metros entre los puertos del Reventón y de Navafría. Todos estos hoyos, de contorno semicircular y paredes abruptas, están abiertos hacia el valle, vertiendo sus aguas al Lozoya por medio de barrancos pintorescos, que en un recorrido de tres o cuatro kilómetros salvan diferencias de altura de 600 u 800 metros.

Forma el fondo de estos circos una depresión mayor o menor, ocupada por una laguna temporal o permanente, de aguas quietas y cristalinas, que al reflejar el intenso azul de aquel cielo limpio, templa con una sonrisa la adusta severidad del paisaje. Las paredes del circo se desgajan verticales en abismos de vertiginosa altura, festoneadas en su base por un rápido talud de cantos que la helada hizo saltar y con los cuales el circo va rellenándose. Por delante de las lagunas, una pequeña eminencia, formada de tierra y de cantos menos angulosos que los del cantil, sirve de dique a las aguas. Cuando éstas logran salvar el pequeño reborde, lánzase en busca del río por los ásperos barrancos, ora ocultas bajo el caos rocoso de los canchales, ora quebrándose ruidosas en los rápidos y cascadas que en serie ininterrumpida forman el cauce.” (Fernández Navarro, 1914/2, pp. 137-138).

Como ya se ha señalado y se ve en su descripción del valle del Lozoya desde el puerto de la Morcuera, Fernández Navarro aprendió bien de su maestro, Francisco Quiroga, a mirar el paisaje como conjunto, aunque no olvide sus trabajos científicos. En una excursión por Somosierra, también publicada en *Peñalara*, el autor nos hace fijarnos en algo que nada tiene que ver con la geología ni con las formas del relieve. A su paso por Cardoso, un pequeño pueblo de la zona, Fernández Navarro centra su atención en una industria local, el uso de la paja del centeno. El interés geológico y de los paisajes naturales que disfruta en esas salidas no le impide tomar nota de cosas como la señalada. Escribe Fernández Navarro:

“Queda todavía por curiosar en Cardoso una industria local interesante: La paja de los centenos de este término parece que no tiene rival por su longitud y consistencia para forrar asientos de anea de las sillas llamadas de Vitoria. Las mujeres alternan el hilado del lino con la operación de cortar las pajas de nudo a nudo para con ellas formar paquetes que exportan a Madrid y Vitoria principalmente. Una porción de estas pajas están destinadas a los cafés y horchaterías, donde las utilizamos en el verano para absorber los helados.” (Fernández Navarro, 1914/1, p. 98).

Para Lucas Fernández Navarro no había casi distinción entre un congreso científico y una conferencia dada en alguna entidad de carácter cultural o deportivo. En julio de 1921, la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias celebró su congreso en Oporto, junto a su homónima portuguesa. En él, Fernández Navarro presentó una comunicación sobre la Pedriza del Manzanares, y dio una conferencia sobre el mismo tema. El 3 de noviembre del mismo año, este naturalista dio una conferencia sobre el mismo asunto en la sede de la Real Sociedad Española de Alpinismo Peñalara y reproducida en parte por la revista. En su charla, Fernández Navarro avisa de que apenas hará un esbozo de los aspectos científicos del estudio de la Pedriza, que permitan entender mejor algunas de las características de la misma, para centrarse en una explicación más descriptiva de sus paisajes graníticos. No olvida, sin embargo, hacer mención de otros elementos del paisaje que considera importantes:

“Vamos a penetrar en su recinto [la Pedriza]. Pero antes, rindiendo culto al arte, no dejaremos de echar una mirada al castillo de los Marqueses de Santillana, que, en medio de un paisaje delicioso y dominando las casitas del pueblo, alza su mole

más graciosa que imponente, como corresponde a su historia y abolengo. Este castillo, en efecto, fue construido allá en el siglo xv por el primer Marqués de Santillana, prócer de elevada alcurnia y exquisito poeta, que en él compuso sus ingenuas ‘serranillas’. De allí salieron muchas veces a sus monterías los reyes cazadores con sus cortes fastuosas y galantes. En él ocultó sus amores con doña Guiomar el cardenal Mendoza, otro Santillana que ilustra nuestra historia. Como veis, el destino de esta fortaleza ha tenido más de idilio que de tragedia.” (Fernández Navarro, 1921, p. 214).

Con sencillez, en pocas palabras, Fernández Navarro une historia y geografía en estos paisajes serranos antes de entrar en el tema de su conferencia, la Pedriza. Frente al paisaje amable de Manzanares el Real, se opone la naturaleza “en una de sus más severas manifestaciones” (Fernández Navarro, 1921, p. 214). Su descripción del conjunto granítico va lleno de analogías que hacen más entendibles sus palabras y dan a quienes escuchan una imagen que, en cierta forma, enlaza también con el castillo que acaba de mencionar.

“El río Manzanares nos ha abierto el camino y no tenemos más que remontar su curso. Los que sólo hayan visto al río cortesano bajo los puentes madrileños, difícil es que le reconozcan en este torrente bullicioso que avanza por la Garganta batiendo sus aguas siempre claras y abundantes contra el duro granito, saltando de cascada en cascada para buscar el llano, donde le espera primero la esclavitud al ser detenido por la presa, y más tarde la mancilla al recibir los detritus de la ciudad. Antes de entrar en la Garganta del río, la Pedriza se nos aparecía como una alta muralla coronada por gigantescas almenas, o más bien como un plano fuertemente inclinado erizado de arrugas, como labradas adrede para dificultar su conquista. Cuando abandonamos el cauce del río y nos encontramos en plena Pedriza, vemos que ésta no es el bloque macizo que nos había parecido, sino que está hendida profundamente por numerosos arroyos. Sigamos uno de éstos, el de la Dehesilla, y lleguemos al albergue Giner, donde podremos tomar descanso y prepararnos para las correrías sucesivas que nos han de descubrir este nido de titanes que es la Pedriza.” (Fernández Navarro, 1921, p. 214).

3. Naturaleza y humanidades

Al revisar los boletines de la Real Sociedad Geográfica; al comprobar que la única cátedra de geografía universitaria era, desde su creación en 1900, la de Geografía Política y Descriptiva, se puede entender fácilmente que la geografía que se hacía en la España de aquellos años tenía mucho que ver con la geografía comercial o con la geopolítica, con el interés por las pocas colonias que iban quedando, y habría que esperar casi hasta la creación del Instituto Elcano, nada más acabar la guerra civil, para ver los planes sistemáticos que, desde la dirección del mismo, se organizaron para estudiar España desde una perspectiva regional (aunque ya Dantín Cereceda, en 1922, había publicado su *Ensayo acerca de las regiones naturales de España*), con una fuerte orientación hacia la geografía humana en sus más diversos aspectos, aunque fueran la geografía agraria y la geografía urbana (en menor medida), las que surgieron con fuerza

en las tesis realizadas durante los años cuarenta y cincuenta. Esto no quiere decir, sin embargo, que no se estuviera consolidando una tradición geográfica de raíz humboldtiana, desarrollada por miembros de la Institución Libre de Enseñanza, o por sociedades como Peñalara, creada por algunos institucionalistas o personajes vinculados de una u otra forma a la Institución, que fue capaz de unir naturaleza y humanidades (geografía e historia fundamentalmente) para poner las bases de una geografía que, con mayores o menores dificultades, y siempre luchando con nuevas formas de pensamiento, ha conseguido llegar a nuestros días. Aquí se ha hablado exclusivamente de Lucas Fernández Navarro, pero no fue el único. Se podría nombrar a algunos naturalistas de la época, como Francisco Quiroga, Eduardo Hernández-Pacheco, Juan Dantín Cereceda o el abogado Constancio Bernaldo de Quirós, entre otros, que supieron ver en los paisajes los componentes que formaban parte de ellos, integrando la historia en la naturaleza y tratando de entender cómo las actividades humanas formaban parte de esos paisajes. En su mirada desde el puerto de la Morcuera, Fernández Navarro nos ofrece esa perspectiva. El valle del Lozoya, en su conjunto, es armonía natural, porque las actividades que allí se realizan, serrerías, cultivos, molinos, son parte de la misma. Así lo veía también Eduardo Hernández-Pacheco, para quien había elementos de la sociedad que formaban parte del paisaje natural siempre y cuando no fueran contra esa misma naturaleza. De ahí que este autor, al definir su concepto de paisaje, de inspiración naturalista, incluyera en sus elementos accesorios “el hombre en su aspecto y carácter etnográfico.” En cualquier caso, para Hernández-Pacheco se produce una cierta confusión al hablar de paisaje geográfico. Dice este autor:

“Modernamente, los geógrafos han denominado ‘paisaje geográfico’ al aspecto que presenta un país, región o comarca en relación con sus características naturales y las introducidas por la acción humana, a veces con intensas modificaciones y transformaciones, en la superficie del Globo; acciones humanas que tienden al uniformismo, creando aspectos semejantes en países de características naturales diferentes, al introducir en ellos lo artificial, especialmente cultivos; perdiendo tales territorios gran parte de las características fundamentales de su naturaleza, destacando la uniformidad artificial, aun en países muy alejados en otras latitudes y continentes. Tales aspectos, mezcla de características naturales y artificiales, son muy estudiados y descritos por los geógrafos especialistas en Geografía humana, estableciendo diversos tipos y variedades de ‘paisajes geográficos’ que más bien son ‘panoramas geográficos’ de países, regiones y comarcas. Paisajes o panoramas geográficos en los que se establecen los tipos, clases y variedades, no tan sólo por las características fisiográficas del país, región o comarca, sino por las producidas por las acciones humanas, de índole agrícola, industrial o de otro orden, levantando grandes edificios fabriles con sus altas chimeneas humeantes, profusión de vías de comunicación y diversidad de obras de ingeniería; o, en el orden agrícola, las grandes extensiones uniformemente cultivadas, y surcadas de red de canales de regadío, en las cuales la Naturaleza, sojuzgada, ha perdido lo espontáneo y las únicas características patentes son artificialmente creadas por la modificadora acción humana.” (Hernández-Pacheco, 1956, p. 666).

Si bien es cierto que en aquellos primeros decenios del siglo xx, la concepción teórica de la geografía española era de marcado carácter naturalista, con una organización territorial basada en las regiones naturales, como las hechas por Dantín y Hernández-Pacheco entre otros, cuando se enfrentaban al paisaje, aquellos naturalistas que, podríamos decir, tenían una formación humboldtiana en ese concepto, tenían en las Humanidades las fuentes que podían explicar y, a la vez, introducir en ese concepto del paisaje natural los elementos históricos, artísticos y geográficos que daban al paisaje su más cabal interpretación. Los textos de Lucas Fernández Navarro son muy ilustrativos de esta visión del paisaje.

Para concluir, el inicio del texto de una excursión que realizó Francisco Quiroga por Robledo de Chavela, publicada en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, que resume muy bien el espíritu institucionista y su entendimiento del paisaje, fusión del naturalismo y de la geografía, la historia y el arte:

“Es una de las excursiones más fáciles y cómodas desde Madrid, y de mucho interés porque en ella se pueden ver los materiales más importantes de la inmediata Sierra de Guadarrama: granito (gris y rojo), gneis (glandular y micáceo), calizas cristalinas, pórfidos cuarcíferos, microgranitos y pegmatitas. Por tanto, ven los alumnos sobre el terreno de qué modo se presentan las rocas en masa, ya profundas (granitos), ya constituyendo venas y filones (...) sin contar la enseñanza geográfica ni la contemplación del paisaje, que es ciertamente bello, ni la recolección de plantas, insectos, etc., que puede hacerse, si la época en que se verifica la excursión es oportuna.” (Quiroga, 1893, 39).

Bibliografía

- CARANDELL, Juan (1930). “Necrología: Lucas Fernández Navarro”. *Peñalara* [Madrid], nº 203, pp. 279-280.
- DANTÍN CERECEDA, Juan (1922). *Ensayo acerca de las regiones naturales de España*. Madrid: Cosano, vol. I, 93 pp.
- FERNÁNDEZ NAVARRO, Lucas (1913). “La Hoya de la Sabuca de Alameda”. *Peñalara* [Madrid], nº 3, pp. 17-18.
- (1914/1). “Excursiones por la Somosierra”. *Peñalara* [Madrid], nº 8, pp. 96-99.
 - (1914/2). “Los Hoyos de Pinilla”. *Peñalara* [Madrid], nº 11, pp. 137-139.
 - (1915). “El valle del Lozoya”. *La Lectura* [Madrid], pp. 260-273.
 - (1921). “La Pedriza de Manzanares. Topología de una región granítica bien típica”. *Peñalara* [Madrid], nº 95, pp. 213-216.
 - (1922). “Un guadarramista del periodo ‘heroico’. Don Francisco Quiroga Rodríguez”. *Peñalara* [Madrid], nº 100, pp. 73-75.
- HERNÁNDEZ-PACHECO, Eduardo (1935). “El paisaje en general y las características del paisaje hispano”. *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* [Madrid], nº 59, pp. 11-17, 39-44, 67-70, 89-94, 112-117, 124-127.
- (1955-1956). *Fisiografía del Solar Hispano*. Madrid: Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, tomo XVI, 2 vols., 665 y 793 pp.
- MOLLÁ RUIZ-GÓMEZ, Manuel (1985). “El concepto de Geografía en la Real Sociedad Geográfica. Primer tercio del siglo xx”. *Ería* [Oviedo], nº 9, pp. 203-211.
- (2009). “Las características de los paisajes españoles según Eduardo Hernández-Pacheco”, en: Félix PILLET CAPDEPÓN [ed.]. *Geografía, territorio y paisaje: el estado de la cuestión. Actas del XXI Congreso de Geógrafos Españoles*. Ciudad Real: AGE / Universidad de Castilla-La Mancha, pp. 1231-1245.
- QUIROGA, Francisco (1893). “Excursión geológica a Robledo de Chavela”. *BILE* [Madrid], XVII, nº 384, pp. 39-43.